

Más allá del horizonte

Gemma Pasqual

El horizonte se dibujaba ante ella como un gran interrogante. Nítido, una línea recta, perfecta, que delimitaba el cielo de la mar, un mundo del otro mundo. Como una gran pantalla, protegía lo que se encontraba más allá. La niña lo observaba, maravillada; la inmensidad de la mar la hacía sentirse más pequeña si cabe. Los dos grandes y resplandecientes azabaches que le hacían de ojos, le brillaban más que nunca; atentos, intentaban vislumbrar o puede que adivinar qué era lo que había al otro lado de la raya. Su abuelo le había hablado de la tierra de sus antepasados, tierra fértil, repleta de jardines, donde nacían las palmeras más altas colmadas de dátiles dulces como la miel, donde brotaban las fuentes más preciosas.

Pensaba que era una privilegiada por poder volver a sus orígenes, todos lo creían. Sus compañeras y compañeros de la escuela le habían dado una gran fiesta de despedida. Al recordar a sus amigos y amigas, una extraña amargura empañó el brillo de sus ojos. No es fácil encarar una nueva vida cuando sólo tienes 7 años, sin conocer el idioma ni las costumbres, sólo con la esperanza en el corazón. Recordaba la forma en que todas las niñas y niños, contentos, la animaban a enfrentarse a los grandes cambios que la esperaban. Cambiaba una escuela humilde de pueblo por un gran colegio, con pupitres limpios y pulcros, libros con aroma a nuevo, ordenadores...; y, seguramente, le regalarían un estuche con todos los colores del arco iris, una goma, un lápiz y, con un poco de suerte, rotuladores, una regla y quién sabe si también un compás. Esta imagen la hizo esbozar una amplia sonrisa, que dejó entrever su blanca y mellada dentadura, pues hacía pocos días que se le habían caído los dos dientes de delante.

Bostezaba, tenía hambre, la brisa de la mar abre el apetito. Pero no podía pensar en ello, tenía que distraer la mente en otras cosas, como le había aconsejado su madre. Así pues, la mejor manera de entretenerse es jugar a la pelota. Su padre le había prometido que lo primero que haría, en cuanto cobrara el primer sueldo, sería comprarle una pelota de fútbol y unas deportivas. Bajó la vista para observar sus viejas zapatillas, remendadas y llenas de parches, pensando que les quedaban cuatro días. Volvió a sonreír y su

barriga le correspondió con un rugido; no se había distraído lo suficiente. La niña le pidió paciencia, no tardarían mucho en llegar, y entonces la tendría muy contenta. Le habían explicado que en el lugar al que iban la gente comía más de tres veces al día, los niños y las niñas hasta cinco, y se atiborraban de chucherías. Era cuestión de esperar, unas horas o quizás unos días, valía la pena la espera, ya que era muy grande la recompensa.

El viaje se hacía largo y pesado, amontonados en aquella patera, sucios, hambrientos, soportando estoicamente el aire gélido que les penetraba hasta los huesos, con poca ropa para combatir el frío, se daban calor unos a otros. La niña iba protegida a un lado y a otro por su padre y su madre, que a su vez había de ocuparse de su hermano pequeño, que todavía estaba dentro de la barriga, calentito y seguro, y esperaba salir cuando acabaran el viaje. Fue una suerte que fuera tan conformado, así no tuvieron que pagar su billete.

Los ánimos comenzaron a desfallecer. La imagen de aquella mar azul le dio sed, tanta agua salada y ni una gota de agua dulce que poderse llevar a la garganta. Recordaba las largas caminatas que tenía que hacer cada día para abastecer de agua a su familia. Pero a partir de entonces todo sería diferente, el único peso que cargaría a sus espaldas sería el de su mochila para ir al colegio, porque abriría un grifo y brotaría ese líquido cristalino y claro, tan apreciado por los suyos. Puede que hasta tuviera bañera y, puestos a soñar, una gran piscina o un *jacuzzi* burbujeante como los que había visto en la televisión.

Ese aparato era la única posesión de su familia, el único electrodoméstico que tenían en su casa. Su padre se sentía orgulloso de haber conseguido para los suyos ese mamotreto de quinta mano en blanco y negro, coronado por una gran antena con forma de paraguas, con una gran pantalla llena de nieve donde, los días buenos, hasta podían ver alguna película. Los

amigos los envidiaban e iban a su casa expresamente para ver los partidos de fútbol. Eran muy afortunados: tener aquel electrodoméstico presidiendo la casa, ocupando un sitio privilegiado, denotaba en sus propietarios un aire distinguido, los dotaba de una capa de barniz que los situaba un poco más arriba, no mucho, en la escala social. Les dio mucha pena tener que venderla para pagar el viaje; pero, evidentemente, no los podía acompañar en aquella diáspora hacia la tierra prometida. De todas formas no hacía falta: en el lugar al que iban, los televisores eran en color, con pantalla plana y mando a distancia para poder cambiar de canal sin tener que mover la antena.

El tiempo comenzó a empeorar, el rumor sordo y lejano anunciaba temporal, la mar estaba alborotada, el viento era tempestuoso y rugía con un fuerte bramido que estremecía a la niña. Se agarró con fuerza a sus padres, que la protegían con sus cuerpos. La patera menguaba proporcionalmente su velocidad mientras la mar crecía, enorme como un monstruo hambriento que trataba de engullirla. Las olas, descomunales, poderosas, sabedoras de su fuerza, intentaban echar de su territorio a la intrusa, aquella embarcación atiborrada de gente cuyo único equipaje eran sus sueños, sus ilusiones y su propósito de encontrar una vida mejor.

La patera era valiente, como sus ocupantes, y combatió estoicamente las sacudidas del fuerte oleaje. No se dejaría vencer fácilmente, lucharía por su lugar en la mar, tenía el mismo derecho que cualquier otra embarcación a surcar las aguas, y se aferraría a ese derecho, la mar era de todos: del trasatlántico más grande y de la patera más pequeña. Era una cuestión de orgullo y de dignidad, y tanto ella como sus tripulantes, de eso iban sobrados.

La patera se zarandeaba sin parar, intentando resistir hasta el final, trataba de llevar a puerto sanos y salvos a sus pasajeros, ésa era su misión y peleó

para cumplirla hasta las últimas consecuencias, hasta que emitió un gemido espeluznante que le partió en dos el alma. La niña se aferraba a sus padres que, a pesar de su debilidad, nadaban esforzándose por mantenerse a flote; como una piña luchaban contra la mar que los quería separar; gritos y lamentos que la mar engullía, manos pidiendo ayuda a la luna. La patera dijo su último adiós a sus acompañantes y se hizo trizas. La gente intentaba agarrarse a alguno de sus restos para no ahogarse; eran muchos para tan escasos tablones. La niña y sus padres fueron de los pocos afortunados que lo consiguieron. Como siempre, después de la tempestad viene la calma, tensa calma; la niña y su familia navegaban a la deriva, sin fuerzas, sin esperanzas.

La niña observó el horizonte que se dibujaba ante ella como un gran interrogante. Nítido, una línea recta, perfecta, que delimitaba el cielo de la mar, un mundo del otro. Como una gran pantalla protegía lo que había más allá. De repente, sus ojos del color de la noche avistaron la tierra prometida. Sus fuerzas ya se habían desvanecido; pero, contenta, soñaba con la fiesta de bienvenida, música, fruta y, sobre todo, agua, mucha agua. Sus fuerzas la abandonaron totalmente. Sus dos grandes y resplandecientes azabaches se apagaron.

Cuando volvió en sí, vio unos hombres vestidos de verde que los iban sacando uno a uno del agua. Ella se agarraba con fuerza a sus padres, pero los hombres los separaron, su padre a un lado, y ella y su madre a otro. Entre sollozos se despidió de su progenitor. Sin música, sin flores, sin ningún mensaje de bienvenida, sin una sopa caliente que calmara sus temblores de miedo y frío. Los iban amontonando, otra vez, en camiones, ambulancias, al fin y al cabo otro tipo de pateras. La niña miró hacia arriba y no encontró ninguna palmera con dátiles dulces como la miel; en su lugar, cemento, casas altas que tocaban el cielo. Entonces añoró su casa, humilde, pobre, su refugio donde se encontraba segura, donde vivía su familia junta como una piña. Observó la inmensidad de la mar, la que se había tragado a sus compañeros de viaje, sus ilusiones y el brillo de sus ojos negros como el azabache. Aquella no era la tierra prometida. Su tierra se encontraba más allá del horizonte.